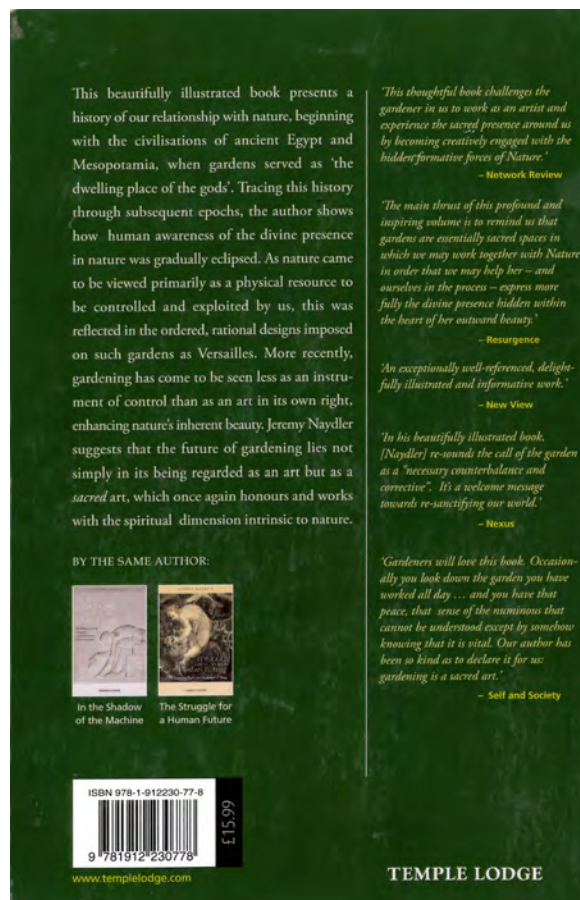
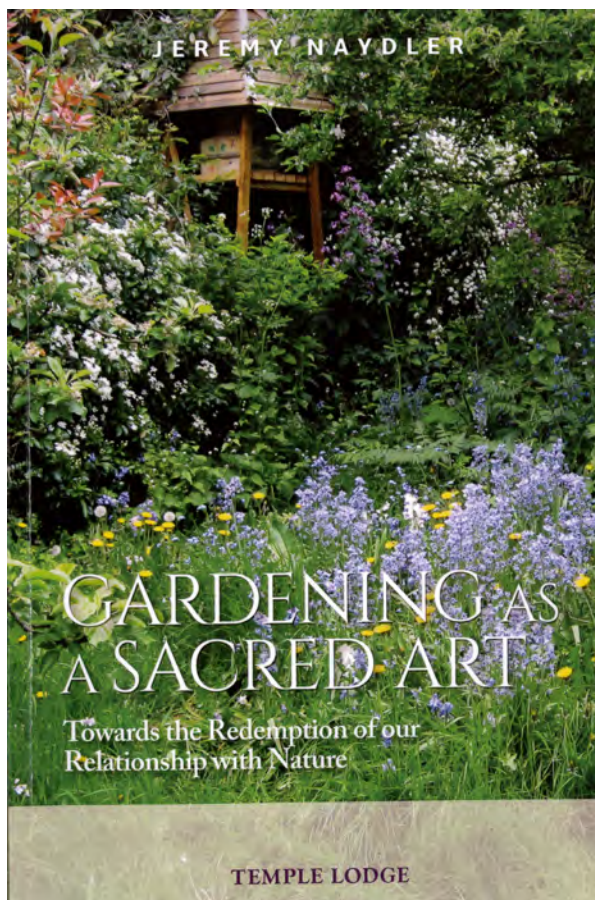


Reseñas Bibliográficas

Naydler, J. 2021. *Gardening as a Sacred Art. Towards the Redemption of our Relationships with Nature.* Temple Lodge, Reino Unido, 120 p. ISBN: 978-1-912250-77-8



“Para muchos de nosotros, son nuestros jardines los que hoy día nos proporcionan el principal contacto íntimo con la naturaleza” (p.9). Así comienza este libro, que ofrece una original visión de la cultura europea y su evolución espiritual desde el ángulo proporcionado por la jardinería. Los jardines ofrecen un terreno de singular relevancia con miras a reflexionar sobre la relación entre los seres humanos y el resto de la naturaleza, para lo cual conviene darse cuenta tanto del modo en que los primeros se han entendido a sí mismos a lo largo de la historia, como del modo

en que han entendido a la naturaleza, con implicaciones acerca de temas como el arte o la religión. El jardín, en la perspectiva trazada por Jeremy Naydler, se muestra como un espacio de convergencia entre todas estas dimensiones, de ahí el principal interés de esta obra bellamente ilustrada que acaba de reeditarse.

El recorrido histórico de Naydler comienza en Mesopotamia y el Antiguo Egipto, donde los jardines se desarrollaban en un contexto netamente religioso. En Egipto, por ejemplo, todos los templos poseían un cuerpo de agua

José María Filgueiras Nodar, *Instituto de Turismo, Universidad del Mar campus Huatulco. Ciudad Universitaria, La Crucecita, Huatulco 70989, Oaxaca, México.*

*Autor de correspondencia: metralatam@hotmail.com

artificial, el cual simbolizaba las aguas de la creación, que estaba rodeado de plantas consagradas a diversas deidades. Estos jardines eran entendidos por la cultura egipcia como un punto de contacto entre los dioses y los seres humanos, dentro de una visión general que consideraba a toda la naturaleza como dotada de alma.

También la antigua Grecia consideraba animada a la naturaleza. Sin embargo, dado que la religión griega se llevaba a cabo en santuarios naturales, apenas se construyeron jardines hasta una fase en la que creció la población urbana y comenzaron a aparecer tales jardines en el interior de las polis, entre los que se destacaron de manera especial los pertenecientes a las escuelas de filosofía. Éstos, a través de Cicerón, ejercieron una gran influencia sobre la cultura romana. En Roma, los jardines obedecen a una intención plenamente secular y de encuentro social, al tiempo que expresan una intención de someter la naturaleza al control de los seres humanos (como muestra la aparición de la topiaria, el arte de recortar las plantas de forma decorativa) volviéndolos un elemento más arquitectónico que natural.

El carácter arquitectónico del jardín es compartido por los jardines islámicos que se desarrollan a partir del siglo IX, aunque en este caso tal carácter se vincula con un claro significado religioso, al constituir un espacio de oración que de hecho busca reflejar el Paraíso en la Tierra. Esta intención simbólica es heredada por la aportación más original de la Edad Media a la historia de la jardinería, el *hortus conclusus* o huerto cerrado, muy popular a partir del siglo XII, un jardín bardeado cuya inspiración provenía del Cantar de los cantares.

Si se quiere apreciar la relevancia del

hortus conclusus, hay que conocer el modo en que las personas de la Edad Media entendían la naturaleza, para lo cual puede ser útil retomar la diferenciación de origen medieval entre *Natura naturans* y *Natura naturata*, que hará célebre en el siglo XVII la obra de Benito Espinosa. Tal y como es utilizada en el libro¹, su primer término se refiere a “la naturaleza concebida como un sujeto espiritual” (p.39) y el segundo a “la naturaleza vista como un objeto físico” (p.39).

Este hecho sugiere, según Naydler, que la cultura medieval no siguió avanzando en el camino de la objetivización de la naturaleza iniciado por Roma. En esta línea, especial atención merece el acercamiento a nivel simbólico de un personaje tan importante para el Cristianismo como es la Virgen María (protagonista incuestionable del *hortus conclusus*, como puede apreciarse en la tradición pictórica cristiana) con la figura mitológica de la Madre Naturaleza, así como lo que ello conlleva con respecto al tema que estamos discutiendo aquí. Por ejemplo, las plantas y flores que contienen estos jardines se hallan dotadas de un simbolismo que, partiendo de sus características naturales, expresa los atributos morales de la Virgen (por ejemplo, la humildad es representada por las violetas, que crecen a ras de suelo). Este hecho aporta un carácter moral al jardín, que pasa a funcionar como un preceptor, puesto que recuerda las tareas éticas que deben llevarse a cabo, y lo hace al entrar en contacto con tal simbolismo.

El siguiente periodo histórico tratado por Naydler es el Renacimiento, cuyos jardines recuperan muchas características de los romanos, como el formalismo geométrico, la topiaria o el carácter arquitectónico, siempre encuadrados en

¹Véase la exposición de Ferrater Mora (1986: 2308-2309) para una exposición más completa.

la noción de una naturaleza a la cual le es impuesto un diseño por parte de los seres humanos, punto de vista relacionado con el individualismo y humanismo renacentistas. A medida que pasa el tiempo, los jardines van construyéndose a una escala cada vez mayor, como sucede con el de *Villa d'Este* o el *Hortus Palatinus* de Heidelberg, ambos equipados con multitud de elementos arquitectónicos (pérgolas, balaustradas, etc.) e ingenios hidráulicos de avanzada tecnología para su época.

La obra del paisajista francés André Le Nôtre representa el apogeo de este modo de entender la jardinería, como puede apreciarse en los jardines que diseñó en *Vaux-le-Vicomte* (entre 1656 y 1661) para el ministro Fouquet y especialmente en los jardines de Versalles, para el rey Luis XIV (entre 1662 y 1687). La construcción de éstos movilizó a más de 36,000 personas, en lo que Naydler caracteriza como “una operación militar cuyo antagonista fue la naturaleza” (p.63). Naturaleza cuyo papel, al igual que ocurrió en todo el período entre el Renacimiento y el siglo XVIII, se limitó a proporcionar la materia prima sobre la cual ejercer el proceso de diseño arquitectónico. El resultado, como señala nuestro autor, fue que “en este gran triunfo de la razón humana sobre la desordenada naturaleza, toda la exuberancia, alegría y espontaneidad parece haber sido borrada” (p.66).

El movimiento del *landscape garden*, fundado por William Kent, constituye una reacción a la geométrica frialdad versallesca. Sus inicios se vinculan con el redescubrimiento de la belleza propia de la naturaleza operado en la obra de pintores como Nicolas Poussin o Claude Lorrain; precisamente, estos jardines establecen una relación entre el pintor y el jardinero basada en el hecho de que ambos tratan de ser receptivos a dicha belleza natural.

Así, aparecen en Inglaterra jardines como los de Stourhead (1740) o Heveningham Hall (1781), en los cuales los visitantes experimentan diferentes vistas que se adecúan a esos ideales estéticos. El uso intensivo de elementos como lagos y colinas artificiales, que acaban exigiendo intervenciones de gran calado sobre la naturaleza, los aproxima, en el nivel de los medios utilizados, a los jardines de la época anterior, por más que su intención sea ya muy diferente.

Con respecto al siglo XIX, entre los muchos temas de interés que se tratan en el libro, resultan destacables las aportaciones de dos personajes, ambos dedicados tanto a los aspectos prácticos de la jardinería como a su estudio teórico y divulgación: Gertrude Jekyll y William Robinson. La primera, educada como pintora y con una enorme sensibilidad por los detalles de la vegetación (era capaz, por ejemplo, de identificar un árbol con sólo escuchar el paso del viento por sus ramas) fue pionera en el desarrollo de un tipo de jardín cuya influencia llega hasta nuestros días. Se trata de un jardín que conforma una unidad con la casa en que se ubica, la cual, por cierto, ya no tiene por qué ser un espectacular palacio, e inspirado en la idea de pintar cuadros vivos.

Robinson, a su vez, es en palabras de Naydler “el primer jardinero moderno que expresó la idea de que el arte de la jardinería tiene una dimensión sagrada, no sólo estética” (p.85), capaz de lograr una mediación con lo divino. En su creación más destacada, los *wild gardens* (que pese a su nombre, no son, ni mucho menos, espacios dejados sin atención, sino que requieren un diseño concienzudo), Robinson trataba precisamente de alcanzar este fin, dejando que la naturaleza se expresase de la mejor manera posible. El jardinero se convierte así en asistente de la naturaleza, considerada como la más

grande artista, y todos sus conocimientos y su creatividad deben orientarse hacia ese objetivo.

El último personaje histórico que trata el libro es el famoso pintor Claude Monet, un devoto practicante de la jardinería, que en alguna ocasión creó jardines para posteriormente pintar esas creaciones, tal y como muestran algunas de sus series de pinturas. Una idea que Naydler recoge de Monet es la de *enveloppe* (podría traducirse como 'atmósfera'), utilizada por éste en el contexto de las artes visuales pero que se aplica perfectamente a los jardines, como algo que "en sí mismo no puede representarse directamente porque es la condición de las cosas que se manifiestan" (p.91).

Esto conduce a unas reflexiones sobre el carácter icónico de los jardines, los cuales según Naydler son representaciones que no sólo se captan perceptivamente, sino que se experimentan como una presencia viva, erigiéndose como mediadores entre lo visible y lo invisible. Y un aspecto clave para lograr tal mediación es la renuncia a cualquier pretensión de ejercer el control como creador o diseñador del jardín. En realidad, se trata de establecer un diálogo entre el jardinero y el espíritu del lugar, un diálogo que no sigue ningún plan previo (mucho menos al ego de un ser humano) y que sirve para desplegar de modo creativo todo el potencial de un lugar.

Personalmente, nunca he sido demasiado aficionado a los jardines. Exponer en detalle mi motivación requeriría mucho más espacio; de momento puedo decir que siempre he preferido el contacto directo con los espacios naturales con menos intervención humana. Pero la lectura de esta obra me ha hecho pensar en la frase con que comienza el libro y esta reseña: para muchas personas, los jardines son su principal contacto con la naturaleza. Yo

nací en una pequeña ciudad y crecí en una localidad cercana, rodeada de espacios rurales muy fácilmente accesibles. Luego fui a vivir a una urbanización ubicada dentro de una zona rural: aunque mis padres construyeron cuidadosamente un hermoso jardín, con sólo cruzar al otro lado de la barda ya podía pasear a orillas de un riachuelo, hasta llegar a una pequeña cascada, observando en el camino varias "salas" de vegetación con diferentes atmósferas muy claramente diferenciadas. Cuando escribo esto, estoy a punto de cumplir quince años viviendo en las inmediaciones de un área natural protegida. Pensándolo así, debo reconocer que he tenido suerte, y me he podido dar el lujo de no apreciar los jardines.

En este punto, es probable que sea de ayuda el concepto de biofilia, propuesto en primer lugar por Erich Fromm y conceptualizado por el recientemente fallecido Edward O. Wilson, junto con Stephen Kellert. De acuerdo con estos autores, la biofilia es una tendencia innata de los seres humanos a conectarse con el resto de la naturaleza, una necesidad de afiliación con todo lo viviente, la cual se vincula no sólo con los evidentes aspectos de explotación material del entorno sino también con la manera en que la naturaleza influye en nuestro bienestar emocional o estético (Kellert & Wilson 1993). Al respecto, existen numerosas pruebas de que la inclusión de elementos naturales como plantas o árboles en los espacios que habitamos tiene efectos positivos en la reducción de estrés y el aumento del bienestar de las personas, al igual que los espacios carentes de dichos elementos pueden producir efectos negativos. Teniendo en cuenta esta clase de consideraciones, es claro que los jardines pueden jugar un papel de gran relevancia para muchas personas. Por poner un único ejemplo, un estudio actual

muestra el modo en que los jardines ayudan precisamente a generar biofilia en un ámbito tan necesitado de la misma como es el urbano (Lin *et al.* 2018).

Después de leer el libro de Naydler, queda claro que el jardín sido un espacio de interrelación entre arte, religión y naturaleza, dominios que a lo largo del devenir histórico de la cultura europea se han combinado en diferentes proporciones. Desde luego, la obra sugiere más posibilidades: una de ellas es preguntarnos por lo que sucede con los jardines en otras culturas, pues, como sabemos, existen ejemplos tan merecedores de interés como los jardines zen japoneses o el jardín de Oaxtepec construido por Moctezuma Ilhuicamina (Granziera 2005). Otra cuestión tiene que ver con la pregunta acerca de la evolución futura de los jardines. Para Naydler, el principal reto de la jardinería de cara a los años venideros, en una sociedad cada vez más dominada por la tecnología, es resacralizar el trabajo del jardinero, de modo que se recupere esa atención a la natura naturans.

No sé si el mundo de hoy está listo para recuperar el concepto de naturaleza como algo dotado de alma que se tenía en la antigüedad. Aceptarlo al por mayor sería sin duda una muy mala idea, pero existen algunos ámbitos en los cuales no lo es tanto, y los jardines son con seguridad uno de ellos. En el estado de crisis ambiental en que nos encontramos, cualquier iniciativa que ayude a luchar contra la misma es en principio una apuesta interesante y ésta puede tener potencial para ello, funcionando a través de un mecanismo emocional, similar a la ampliación del círculo de las lealtades morales de que hablaba Richard Rorty. Quizá pensar en el alma de los jardines de nuestras casas y espacios públicos nos sirva como primer paso para aprender el

cuidado de la naturaleza, y así ponernos en el camino de consideraciones que acaben por beneficiar a los ecosistemas que nos rodean y a la propia biosfera. Vista así, desde la perspectiva de la ética ambiental, parece una idea digna de explorarse.

Referencias

- Ferrater Mora, J.** 1986. Diccionario de filosofía. 4 vols. Alianza, Madrid, 3590 p.
- Granziera, P.** 2005. Huaxtepec: The Sacred Garden of an Aztec Emperor. *Landscape Research* 30(1): 81-107. doi: 10.1080/0142639042000324776
- Kellert, S.R. & E.O. Wilson (eds).** 1993. *The Biophilia Hypothesis*. Island Press, Washington, 484 p.
- Lin B.B., Egerer M.H. & A. Ossola.** 2018. Urban Gardens as a Space to Engender Biophilia: Evidence and Ways Forward. *Frontiers in Built Environment* 4, art. 79: 1-10. doi: 10.3389/fbuil.2018.00079